

Gustave Flaubert

“Madame Bovary soy yo”

Beatriz Espejo

Se puede afirmar que para la novela moderna existe un antes y un después de la aparición de Madame Bovary, de Gustave Flaubert. A través de un esbozo biográfico del escritor francés, Beatriz Espejo desbroza las raíces de la vocación literaria de este autor que lo llevaron a escribir una de las cumbres de la ficción del siglo XIX.

Para Francisco Carballo Espejo por sus regalos inacabables

Algunos estudiosos aseguran poder definir a Gustave Flaubert en unas cuantas líneas que incluyeran los casi cincuenta años que estuvo sobre la Tierra (1821-1880). Lo resumen como la historia de una obsesión que demandaba grandes sacrificios. Él no trabajaba en busca de dinero o mujeres, como Balzac, o para volverse un mito literario como Victor Hugo o Chateaubriand (a quien en su *Diccionario de lugares comunes* definió: “Conocido sobre todo por el *beefsteak* que lleva su nombre”).¹ Trabajaba porque no conocía otra manera de vivir. Hizo algunos viajes, sobre todo de investigación o para nutrir su retina y sus observaciones, y allí están sus textos para probarlo: *Salambó*, *La tentación de san Antonio*, *Herodías* y hasta “La leyenda de san Julián el hospitalario”, escrito a partir de un vitral en una iglesia de su tierra. Gustave Flaubert experimentó un par de amores interrumpidos, escaramuzas en este mismo sentido, una metida de pata política que lo haría pasar a la pos-

teridad como reaccionario o despistado políticamente hablando, actitud además evidente en muchas de sus cartas. Un catolicismo debido más a su educación tradicional que a sus convicciones profundas y del que sólo se notan rasgos en su novela corta, *Herodías*. Y, claro, en *La tentación...* Otra página del mismo diccionario asienta sobre la iglesia católica: “tuvo una influencia muy favorable sobre las artes”.² La vida de un escritor además se resume desde su infancia, sus amores, sus viajes, sus asuntos monetarios y mundanos, sus éxitos y sus sueños igual que se haría con cualquier persona.³

Flaubert nació el 12 de diciembre de 1821 en un cuarto del Hospital de Dios, en el que su padre era cirujano en jefe, puesto que ocuparía años después su hermano mayor, Achille, que le llevaba doce años, y quien observó una reputación “conveniente y seria”, razón por la cual en él recayeron todas las esperanzas familiares. Esta cir-

² *Ibidem*, p. 24.

³ Véase Pierre-Marc de Biasi, *Gustave Flaubert. Une manière spéciale de vivre*, Éditions Grasset-Frasquelle, Paris, 2009, p. 21.

¹ Gustave Flaubert, *Diccionario de lugares comunes*, prólogo de Alberto Ciria, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1966, p. 31.



Gustave Flaubert

cunstancia se advierte en el trabajo cumbre de Gustave, porque sólo alguien con serias referencias reconstruiría tan realísimamente la operación del pie equino de Hippolyte y cada una de las etapas sufridas por el envenenamiento con arsénico de Emma Bovary. A manera curiosa podría comentarse que el anfiteatro del hospital donde ejercía el padre daba junto al jardín de su propia casa y que casi diariamente Flaubert lo vio diseccionar cadáveres durante sus clases de anatomía. El médico operaba cada mañana y, para este segundo hijo suyo, se convirtió en una especie de demiurgo omnipotente sobre la vida y la muerte.

La madre, que jugaría un papel tan importante, fue una mujer bonita y modesta. Mantenía las riendas del hogar con su sola presencia y veía en él a un niño plácido, meditativo, que pasaba horas con un dedo en la boca. Esa costumbre dio pie a Jean-Paul Sartre para escribir su ensayo *El idiota de la familia*. La verdad es que Gustave tuvo una infancia feliz protegida con la renta familiar y vivió como única religión la literatura, por la que en opinión suya había que sacrificar la misma vida, según le aconsejaba a Guy de Maupassant, su protegido y amigo, quien tenía hacia él un afecto filial.

En ese tiempo, Rouen ya era una ciudad considerablemente grande, con un monumento a Juana de Arco y una magnífica catedral llena de vitrales, cuya portada

cambia bajo los efectos de la luz. Al principio del XIX tenía actividades industriales y por tanto una atmósfera laboriosa y austera.

El padre Mignot puso en manos de Gustave, junto con otras obras, la pieza maestra de la literatura española, *Don Quijote*, uno de sus libros capitales que además influyó principalmente en la descripción del carácter de Emma Bovary, enloquecida por su afán de leer novelas románticas hasta perturbar sus resoluciones vitales creyendo que debía entregarse en cuerpo y alma al amor. Otro profesor, Adolphe Chéruel, dedicado a la lucrativa tarea de hacer textos escolares, le descubrió a Gustave las posibilidades de encontrar temas históricos que propiciaran un panorama inmenso. El caso es que a los diez años Gustave Flaubert había descubierto una vocación. Desde luego, una vocación que no parecía conveniente para ganarse posiciones sólidas. Sin embargo, no fueron los protagonistas históricos sino las personas que trató a fondo, como Homais, el farmacéutico de *Madame Bovary*, quienes le dieron ocasión de pintar figuras convincentes, al captar sus conversaciones planas y aburridas, la estúpida satisfacción que sienten por sí mismos o sus deseos de destacarse y darse aires hasta acabar convenciendo a los demás de su importancia y consiguiendo metas que los encumbrarán un cuarto de hora.

Un dibujo guardado en la Biblioteca Municipal de Rouen muestra a los dos hermanos jóvenes y bien parecidos, cada uno a su modo: Achille de cabellos oscuros; Gustave rubio; sin embargo, una calvicie relativamente precoz nos hace recordarlo según su imagen difundida de hombre maduro, ojos ligeramente bovinos y bigote copioso y descuidado. Algo similar nos diría su apariencia más célebre, con indumentaria impecable, en un retrato hecho por Eugène Giraud en 1856. Según su propio juicio, tenía figura distinguida, que perdió al engrosarse la nariz y ampliarse la frente. Antes de que eso ocurriera, estudió en un liceo donde los alumnos acudían uniformados y los maestros con toga. Las aulas eran calurosas y las noches lúgubres. Bajo tales circunstancias, sus años escolares resultaron tristes y tediosos; pero sus notas fueron altas, sobre todo en materias de humanidades. Desde entonces aprendió a respetar la belleza gramatical de la frase, que corregía incansablemente. Como los de Marcel Proust, sus manuscritos tienen innumerables composturas y arrepentimientos. Se vuelven tapices difíciles de entender. Un ejemplo en este sentido es el de *Tres cuentos* (1864-1877), hoy guardado celosamente, como la joya que es, en la Biblioteca Nacional de Francia. Y lo mismo se diría de *La educación sentimental*, cuya primera versión escrita entre 1864 y 1869 no se publicó.

Al terminar el bachillerato, de acuerdo con los muchachos de su siglo y de su clase social, Gustave sintió deseos de viajar. La sola idea de abandonar Rouen lo

llenaba de alegría. Su propio padre lo entusiasmó planteándole un periplo por Francia hasta Córcega. Buscó para cuidarlo la compañía de uno de sus antiguos discípulos, el doctor Cloquet, a quien encontraría en París. Durante ese recorrido Gustave conoció a Hippolyte Foucaud, quien atendía con su madre un hotel; era una muchacha de treinta y cinco años, *créole*, morena, dorada, espléndida en sus atractivos físicos y quien cayó subyugada por la adolescente belleza, todavía virgen. Conocieron relaciones apasionadas; sin embargo, tal encuentro dejó en Flaubert la idea perdurable de que la pasión es un ideal que no puede detenerse con las manos y acaba esfumándose.

En 1841 Gustave se inscribió en la escuela de derecho, para tranquilizar a los suyos preocupados por su porvenir. El precio fue una tristeza espantosa y un hastío insoslayable; pero lo habían convencido de hacer alguna cosa con su futuro, ya que no le gustaban las ciencias ni la medicina. Su padre se inquietaba pues notaba en él una inclinación a la melancolía, que se agigantaba por el poco entusiasmo que mostraba hacia los estudios. Él, por su parte, se sentía tan mal que coqueteó incluso con la idea de suicidarse aunque no pasó de ahí.

En una recepción en París conoció a Victor Hugo, uno de sus héroes, descrito en una carta enviada a su hermana Caroline: “es un hombre como otro cualquiera, incluso de figura común. Tiene dientes magníficos, frente soberbia con cejas escasas. Habla poco y parece observar sin darnos opiniones. Es muy educado. Me encantó el sonido de su voz...”,⁴ y reencuentra en la misma reunión a su ex condiscípulo Émile Hamard, quien le presenta a un individuo que tendrá cierta importancia en acontecimientos venideros: Maxime du Camp, de su misma edad pero más mundano y pretencioso. Parecía comerse el mundo y el tiempo demostraría que su nombre, a pesar de haber sido académico, se recordaría mejor gracias a un libro titulado *Recuerdos literarios*, publicado después de la muerte de Flaubert y en el que trata al escritor con una envidiosa condescendencia. La atmósfera general en que Gustave se movía era entonces más propicia para sus fines ulteriores. Comenzó la primera redacción de *La educación sentimental*, en la que había de ocuparse tantas veces y que le quitaba tiempo para estudiar. El segundo año de Derecho recibió bolas negras de sus tres respectivos examinadores. Quedaba claro que esa carrera no le ofrecía su reino. ¿Qué podía hacer? ¿Irse en un barco sin rumbo fijo, cometer un crimen, matarse? Sus estudiosos afirman que escogió otro camino: la enfermedad. Sabía los efectos que la psique tiene sobre el cuerpo (notablemente descritos también en sus páginas). En 1844, antes de inscribirse por ter-

⁴ En Bernard Fauconnier, *Flaubert*, Gallimard, Paris, 2012, p. 45. La defectuosa traducción es mía.

GUSTAVE FLAUBERT

Madame Bovary



cera vez en la facultad, acompañó a su hermano para ver un terreno que su padre había comprado en Dauville (donde se hacen las famosas carreras de caballos) pensando en construir un chalet; al regresar, cayó en un estado extraño acompañado por una palabrería incongruente, consumido por fiebres altísimas como si estuviera quemándose. Achille lo llevó hasta la farmacia. Allí le administraron el único remedio practicado entonces, una sangría. Luego su padre le aplicó otro tratamiento de caballo difícil de comprender a estas alturas del siglo XXI, porque la medicina hace casi doscientos años se circunscribía a las dichas sangrías, dietas severas y purgantes. ¿Se trataba esta repentina enfermedad de una epilepsia debido a crisis episódicas ocasionalmente intensas? De cualquier manera, Gustave volvió a permanecer atrapado en Rouen, impedido para seguir sus estudios.

El padre aceptó resignado que su hijo jamás cursaría Derecho y compró a pocos kilómetros una casa en Croisset, junto al Sena. La transacción, apuntan los biógrafos, costó 90,500 francos, unos 400 mil euros de hoy.⁵ Pero le otorgó a Gustave un pequeño paraíso para que llevara la vida de ermitaño deseada. Todos los contemporáneos que visitaron el lugar lo encontraron maravi-

⁵ Bernard Fauconnier, *op. cit.*, p. 52.

lloso, pues lo calificaron como un sitio ideal para escribir. Opinión en la que coincidieron los hermanos Jules y Edmond de Goncourt, “gentiles como los ángeles y espirituales como los diablos”, George Sand —que ya no era la seductora sirena de Musset y Chopin sino que estaba a punto de convertirse en la abuelita de las letras francesas—, después Guy de Maupassant, entre otros que vieron en la finca un lugar de lujo ambicionado por muchos. Y claro, Gustave nuevamente volvió al manuscrito de *La educación sentimental*, porque para él la tierra prometida radicaba en conquistar la belleza.

Su amada hermana Caroline se casó a los veintiún años con Émile Hamard, ese antiguo discípulo de Gustave, aunque la familia no se entusiasmará por el carácter inestable del contrayente e incomprensiblemente decidió acompañarlos en su viaje de novios; Gustave iba también y en Marsella se dio mañas para reanudar su amistad amorosa con Eulalie. Esta vez el entusiasmo no le duró un día; pero volvieron antiguos síntomas que podían considerarse de una fuerte depresión: falta de apetito, ausencia de libido y deseos de cualquier tipo, quizá por una medicina que su padre le recetó. Con todo, continuaron su viaje hacia Niza, la Costa Azul, Génova. En el Palacio Balbi descubrió un trabajo que le hizo abrir los ojos ante la maestría de Pieter Bruegel, el viejo: *La tentación de san Antonio*, quien aparece sentado sobre una roca sometido al asedio de numerosos demonios con formas siniestras, mientras resiste rezando. Se trata de un pequeño gran cuadro abigarrado por monstruos y elementos diversos, conforme a una tradición flamenca del XVI donde caben la fantasía, la sonrisa, la sátira y la tragedia en numerosos motivos apenas creíbles por lo reducido del espacio. Es notable la influencia de Hieronymus Bosch (el Bosco en castellano), cuya temática era una inquieta expresión de los trastornos espirituales de su época, y de las preocupaciones místicas reinantes proyectada en un medio eficaz para la representación plástica. Aquel descubrimiento fue trascendente: Flaubert había hallado el asunto de un relato en puerta que se llamaría precisamente *La tentación de san Antonio*. Logró describir todas las sensaciones provocadas por el pintor, valiéndose de cambios tipográficos, diálogos y descripciones. Se apoyó en una investigación extensa, citó pasajes bíblicos, imaginó la presencia extravagante de la reina de Saba, noticias de la herejía arriana, historias antiguas de Egipto y Roma. Así, dio rienda suelta a su imaginación y a lo que podían ser los delirios de un hombre que, despreciando su cuerpo, mortificándolo hasta lo impensable, creía acercarse a Dios reclusándose en Tebas para purificar su espíritu y superar sus alucinaciones. A Gustave el libro se le convirtió en “una vieja tocada” que lo persiguió largamente.

El 15 de junio regresaron a Rouen, mientras Caroline y su marido continuaron viajando. Sería la última

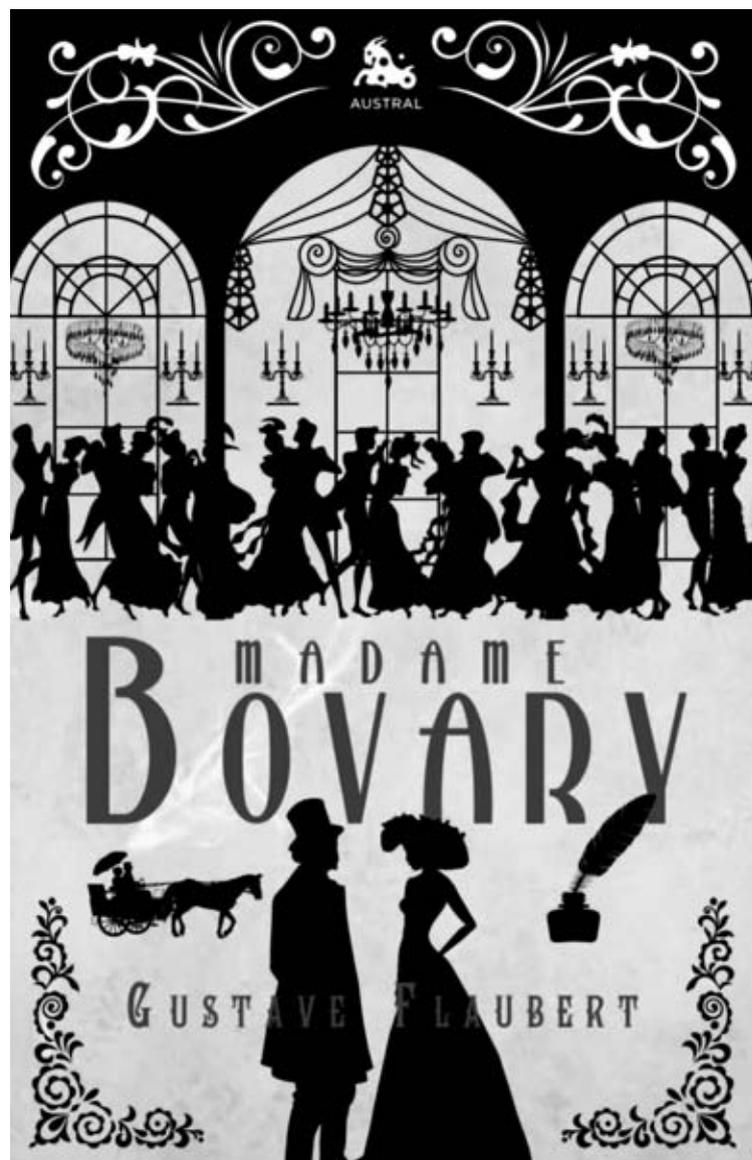
vez que tendrían el gusto de acompañarse. La salud del doctor no andaba bien. Le diagnosticaron. Lo operó su hijo y a falta de penicilina o antibióticos que detuvieran una infección murió muy probablemente de septicemia, a los setenta y un años de edad, el 15 de enero de 1846. Dos meses después murió Caroline al parir a su hijita. Hamard estuvo al borde de la tumba por un dolor desesperado y se decidió que la pequeña quedara al cuidado de su abuela y de su tío, que dejó su bella morada para vivir con ellas.

Al finalizar julio, en el taller del escultor Pradier (a quien Flaubert llamaba Fidias), con quien se entrevistaba para encargarle un busto de su hermana, Gustave conoció a Louise Colet. De apellido de soltera Révoil, nacida el 15 de septiembre de 1810 en Aix-en-Provence, fue la menor de siete hermanos y a la muerte de su padre, director de correos y no pintor como quería hacer creer, se instaló en una finca propiedad de sus parientes: el castillo rodeado de pinos y bosques Les Baux, unas ruinas famosas, que influyeron sin duda en su sensibilidad poética de quince años y la convirtieron en musa oficial en el salón de la señora Julie Périe. Tuvo un idilio con el poeta Arsène Thévénot; sin embargo, eligió como esposo al flautista Hippolyte Colet, doce meses mayor que ella, alumno del conservatorio y acreedor al segundo Premio de Roma. La boda se celebró sin gran pompa y a la muerte de la madre de Louise se trasladaron a París. Sus comienzos en las artes fueron fáciles: comenzó a pedir subvenciones y a colocar algunos versos en revistas, incluso ganó premios literarios. Marie d'Orléans le dio una pensión de Estado y se calcula que de uno y otro lado recibió cerca de cien mil francos-oro. En 1838 tenía treinta y seis años, era amante del filósofo y político Victor Cosin, a cuyas expensas vivió dieciséis obteniendo para su marido cátedra de armonía y contrapunto en el Conservatorio Nacional. Poco después se publicó que había puesto final a la bendición eclesiástica de su matrimonio, pues quedó embarazada de Cosin. Con la noticia publicada y los comentarios consiguientes se aceleraron sus prontos y se presentó en la redacción del periódico para darle al pobre periodista una cuchillada en la espalda, de poca importancia; el agredido guardó el arma como trofeo de guerra. Diestra en las artes amatorias, Louise sedujo a Flaubert y fue seducida por este muchacho de 25 que había frecuentado prostíbulos pero tenía escasa experiencia en las relaciones estables. Louise se consideraba poetisa y concurría a los mejores círculos artísticos parisinos. Imposible negar su rubia belleza evidente en un dibujo (1845) de Franz Xaver hoy día en el Petit Trianon de Versalles, con largos rizos a cada lado de la cara que en opinión de algunos bromistas la hacían parecer un “caniche” y un mantón descendiendo por la espalda. La lista de sus amantes es apabullante. Aparte de los mencionados, podría añá -

dirse a Alfred de Musset, Villemain, Victor Hugo, Alfred de Vigny, Champfleury y Louis Bouilet, amigo íntimo de Gustave. Dueña de un temperamento apasionado, capaz de llegar a celos extremos, que en su diccionario de sólo cuarenta páginas inconcluso y encontrado después de su muerte, Flaubert describe como una pasión terrible con cejas que se fruncen y preludian arrebatos, escribía cartas incendiadas. Recibió respuestas y durante los dos primeros años de la relación, esas cartas constituyen un veneno invaluable para ahondar en las experiencias de un escritor que había leído las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau y no temía exponer con la mayor veracidad sus pensamientos. Por lo cual su epistolario es inestimable y uno de los más hermosos de que se tenga noticia en la literatura universal. Hay una edición grandísima titulada *Correspondencia*.⁶ Reúne cerca de tres mil ochocientas misivas, de las cuales una buena cantidad fueron enviadas a Louise. En la edición en que me apoyo se coleccionaron 168, por dejar de lado las de poca importancia, recados para concertar citas⁷ o minucias por el estilo. Las respuestas se desconocen. Ya anciana y prejuiciosa, en 1926, la sobrina Caroline Franklin-Grouet permitió quemarlas, alegando que ofendían su pudorosa conciencia. Con ello, apunta con humor Vargas Llosa, “se ganó el odio eterno de los adictos”;⁸ aparte, nos impidió adentrarnos en la intimidad de una mujer importantísima en la vida de este escritor, la que de alguna manera le inspiró su obra capital y que debió de haber sido lo suficientemente talentosa e inteligente como corresponsal; sin embargo, al parecer las cartas fueron muchas más, algunas perdidas o destruidas por sus destinatarios o sus familiares e incluso por su mismo autor, por ejemplo las dedicadas a Juliet Herbert, su amante inglesa que tuvo en sus relaciones un lugar esencial y secreto. Otras biografías recientes consignan 4,330 misivas. En su conjunto demuestran a un Flaubert desconocido, con una imagen muy diferente a la que nos descubren sus libros. Sólo conviene señalar un detalle curioso que los biógrafos recogen. Para comunicarse con Louise, Flaubert se valía de Du Camp, pues buscaba no causar daño alguno ni faltarle el respeto a su madre. Así, desde el principio, amaba a Louise más de lejos que de cerca. De cerca temía sus exigencias, sus prontos, sus escenas como aquella en que volvió a llegar armada con un cuchillo porque se creía víctima del engaño y encontró al amante departiendo tranquilamente con sus amigos en un café. Tales actitudes volvían insopportable la vida del escritor, quien buscaba tranquilidad, inscrito dentro de los códigos que regían su entorno. Cuando

ella le pedía invitarla a Rouen, él se horrorizaba pensando en el escándalo, la opinión de sus parientes, de sus vecinos, de la ciudad entera. Por fin las insistencias aumentaron y pasaron juntos una noche en Croisset. Al regresar, la madre lo esperaba sin palabras pero con rostro reprobatorio.

Louise se había vuelto imposiblemente complicada, al punto de que Flaubert llegó a pedirle que regresara con Victor Cosin para quitarse de encima el peso de una “exclusiva”. Por eso aceptó gustosamente la proposición de Maxime du Camp: ir a Bretaña. Pero en cada estación seguía escribiéndole, soportándole sus reproches y descubriéndole detalladamente las experiencias que horadaban su corazón; sin embargo, en Brest se puso de acuerdo y encontró a su madre, que llegó con la pequeña Caroline. Le esperaba además la noticia de que Alfred Le Pointe, su más entrañable amigo, padecía una enfermedad incurable. Los estudiosos atentos afirman que precisamente en ese viaje encontró Flaubert su propio estilo ajeno a los delirios interpretativos usuales; pero junto con ello empezó su tortura al perseguir lo perfecto. Aprendió que el estilo era algo que se



⁶ Editada por Maurice Bardeche para Club del Honnête Homme.

⁷ Gustave Flaubert, *Cartas a Louise Colet*, traducción, prólogo y notas de Ignacio Malaxecheverría, Siruela, Madrid, 2003, 408 pp.

⁸ *Ibidem*, p. 9.

prendía a su alma y le agitaba los nervios horriblemente. De día se enfermaba y al anochecer enfebrecía, obsesionado con la manera de usar el idioma correctamente. En Tours tuvo una fuerte crisis debido a una medicina para dormir a base de quinina.

Luego, metido en su lugar de trabajo entre papeles, plumas, pipas, el busto de Caroline volteado hacia él, soñaba con espacios más vastos, sobre todo Oriente, añorado durante dos años; aunque no podía emprender ningún trabajo sin atormentadoras crisis nerviosas. Sus obras de juventud, *Memorias de un loco*, *Noviembre*, y *La educación sentimental*, fueron hechas sin tantas complicaciones, con mayor facilidad. Tal vez porque antes se apoyaba sólo en sus recuerdos; después conquistaba sus revelaciones y las modificaba según exigencias del texto. Como Cézanne o Beethoven, reafirmaría la figura del artista que se refunda a sí mismo convirtiéndose en un conquistador inmortal.

La situación política francesa se volvió tensa por una lucha entre republicanos y monárquicos que habían perdido ventajas debido a la Restauración. Flaubert realmente no era de un bando ni de otro sino un burgués con una amante soberana, un creador, un artista con

los cinco sentidos atentos. Las revueltas de París terminaron con la abdicación de Louis-Philippe luego de una enorme manifestación. Flaubert observó junto con Edmond de Goncourt los acontecimientos desde el café del Palais Royal, donde concurren varios tertulios, cosa que le sirvió para describir a Louise sus impresiones y asentar para la posteridad su indiferencia política. Ella estaba encinta, por fortuna no de él ni de Cosin sino de otro amante desconocido al que la llevó su naturaleza ardiente. Indignado, sorprendentemente rompió con ella.

Una catástrofe lo conmovió más. Alfred de Pollivent había muerto y en una carta dirigida a Maxime describe Gustave la agonía y el entierro con su detenimiento y morosidad característicos. Aquellos días se ocupaba de redactar su libro largamente pensado sobre san Antonio. Y, como si se ensamblara una cosa con otra, se enteró de una tragedia ocurrida en Rouen, donde un *officier de santé*, es decir, algo así como un farmacéutico —término medio entre doctor y boticario—, el doctor Delamare, casado en segundas nupcias, había desposado a la señorita Delphine Couturier, quien lo abandonó después de arruinarlo y él acabó suicidándose dejando una hijita.

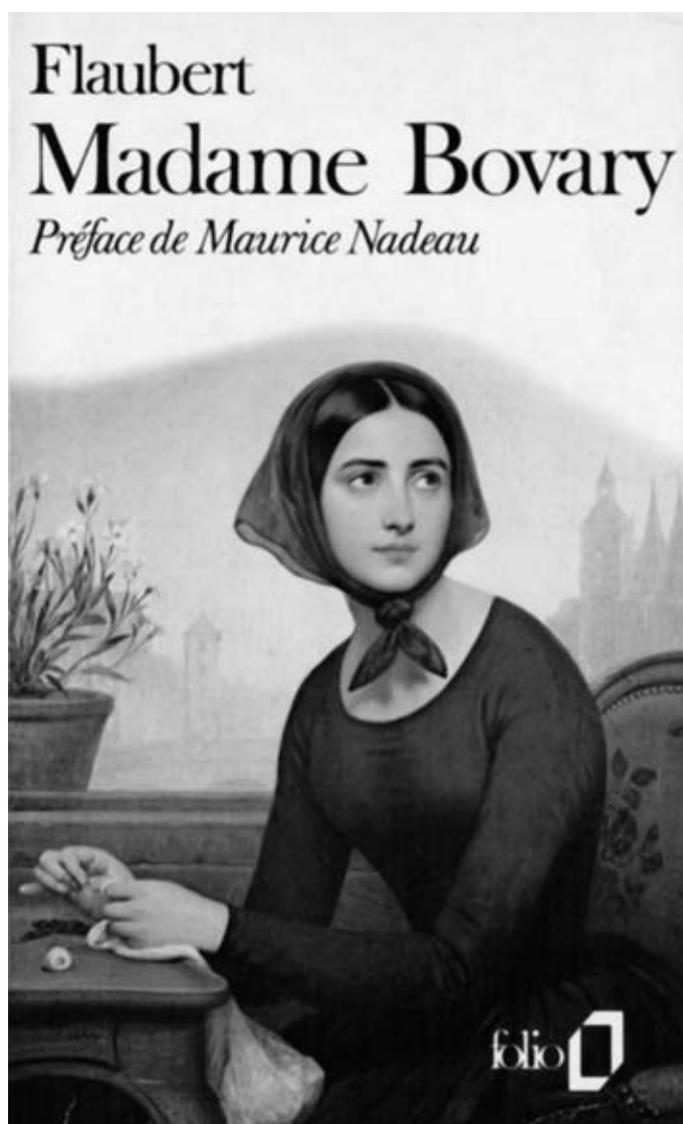
—¿Por qué no lo escribes? —le dijeron.

A Gustave le agradó la idea, aunque antes había desdenado personajes tan comunes y corrientes; pero mentalmente empezó a germinar el tema de su novela más perfecta, sin haber escrito ni pensado una sola línea, y tomando como modelo a Louise Colet para su protagonista principal.

Las conquistas napoleónicas, bien lo sabemos, habían originado interés por Oriente en Francia. Así, pues, Flaubert logró emprender el viaje acompañado por Maxime y enviado por el ministro de Agricultura y el Ministerio del Interior. Debía averiguar los intereses comunes entre países. Ello los protegía y les dio facilidades oficiales durante el año y medio que se extendió el viaje; su madre lo había despedido con gritos desgarradores temiendo su muerte y echándole en cara cuanto se le ocurrió.

En París, Flaubert visitó a los amigos escritores que había cosechado, como Théophile Gautier, convertido en figura y quien sacó a la imprenta *Mademoiselle de Maupin* (1835) con el famoso estandarte: “El arte por el arte”, con lo cual Flaubert coincidía.

Finalmente, un largo mareo terminó la travesía marítima en la famosa bahía de Alejandría hasta donde habían llegado las embarcaciones de Alejandro Magno con las velas desplegadas. Flaubert se compuso de sus contratiempos viendo a los parroquianos, sentados horas frente a una taza de café hasta que se lo bebían y luego la volteaban sobre el plato para adivinar su suerte y saber si las transacciones que planeaban estaban a su favor.



Según Du Camp, en ese recorrido oriental Flaubert pegó un grito y dijo: “Eureka, ya lo encontré, se llamará Madame Bovary”. Después de un tiempo empezó a extrañar y a sentir los problemas que acarrearía la lentitud del servicio postal y la falta de comunicación con su madre, a quien imaginaba esperando ansiosamente noticias suyas. (La misma fórmula emplearía cuando Emma aguardaba cartas de sus amantes). Y el viaje comenzó a volverse angustioso. La muerte de Balzac, de la que se enteró en Constantinopla, lo afectó terriblemente. Flaubert repetía a manera de epitafio: “Un hombre fuerte es aquel que comprende su tiempo”.

Para entretenerse y disfrutar, los dos sibaritas visitaban burdeles, incluso los de pederastas; aplaudían las danzas del vientre y todo esto se registraba en su texto *Viaje al Oriente*, donde también anotaba con increíble minucia las impresiones que le causaban algunas piezas artísticas. En 1851 le escribe a Louise Colet sobre su regreso a París pero se niega a verla; entre tanto, ella le exigió que le devolviera sus cartas y emprendió una visita a Rouen, decidida a la batalla, olvidando que Flaubert le había tratado de aconsejar literariamente sin éxito e hizo trámites para vender el álbum donde había coleccionado más de cien autógrafos de personajes ilustres. ¿Qué pasó con la visita tan inesperada? No debió de tener demasiada importancia porque no vuelve a mencionarse.

Uno acaba preguntándose quién era esta mujer de papel: Louise o Emma. Las dos estuvieron por años dando vida al personaje femenino más célebre de la literatura francesa. Se dice que Gustave encontró la noticia en un periódico; también, que se la hicieron notar sus amigos; el caso es que el tema rondaba en el aire, vino a él y se instaló en su imaginación. Realista era Balzac y romántica Sand. Quizá por ser sus contemporáneos, hay quien incluye a Flaubert en la primera corriente, sin dejar de señalarse que paradójicamente detestaba a los personajes poco relevantes, de ahí, como dije anteriormente, su *Salambó* y *La tentación de san Antonio* y sus viajes para reconstruir lugares exactos donde ocurrían los sucedidos; pero la obra que lo hizo inmortal ocurría en torno suyo, en las regiones conocidas a fondo y que él reconstruía con naturalidad preocupado por la pureza idiomática, leyendo en voz alta para exigirse que los párrafos corrieran sin complicaciones como si fueran un río de agua cristalina. Incluso su madre le dijo que enloquecería persiguiendo lo preciso y que acabaría matándose. Cuentan que Flaubert se tardaba hasta catorce meses en la construcción de una frase. Detrás de esto había algo más: la voluntad de retratar psicológicamente, con sensibilidad y sin prejuicios, a hombres y mujeres que había tratado. Se ocupaba de esos terribles males encabezados por el aburrimiento y el deseo inútil de buscar propósitos para llenar sus pequeñas vidas carentes de sentido y sumidas en activida-

des rutinarias que los llevaban a ver más verde el pasto del vecino, a la ociosidad, al egoísmo, a la intemperancia para comprender razones ajenas. Descubría con una aparente facilidad a tenderos prestamistas convertidos en aves de rapiña que no sueltan a sus presas hasta triturarlas.

Lo cierto es que con una noticia de cuatro líneas perdida en un diario, Gustave escribió su extensa novela y reconstruyó paso a paso las inquietudes y la caída, en la que las feministas de hace veinte años hubieran encontrado rasgos importantes sobre la nula educación y las posibilidades de triunfos personales que las mujeres recibían. Otras dos figuras literarias podrían compararse, las protagonistas de *Ana Karenina* y *La Regenta*, de León Tolstoi y Leopoldo Alas, *Clarín*, respectivamente; pero Flaubert se anticipó en el tiempo. Logró una pintura notable del mundo en que creció y se desarrolló Emma utilizando cuanto le era familiar, conocido y accesible. De ahí, a mi juicio, su desesperada y equívoca exclamación a veces poco entendida: “Madame Bovary soy yo”, puesto que en esta escritura aprovechó sus propias experiencias. Una de las circunstancias de la vida moderna es poder reinventarse cuantas veces quiera cada quien; pero Emma igual que Charles, su esposo, son un par de pueblerinos del XIX atrapados en un mundo cerrado y sin alternativas. La perdición de ella comenzó luego de un baile en un castillo normando donde empezó a soñar con una vida encumbrada sin advertir que si su apariencia personal resultaba encantadora, su entrenamiento mundano no le permitía ni siquiera valsear. Charles, por su parte, tenía algo de la torpeza de su autor: estaba increíblemente apegado a su madre, quien le daba consejos sensatos; luego de sus escasos triunfos escolares logró convertirse en *officier de santé* y murió enamorado de una mujer que lo había cubierto de oprobio, le había mentido y a la muerte de su padre, a los cuarenta y ocho años como consecuencia de una comida patriótica que le motivó apoplejía a las puertas del café, no fue capaz de proporcionarle algo de ternura y lo trató con frialdad de hielo a pesar de verlo abatido por el dolor. Al respecto, ella no pudo fingir. Fingió en cambio de mil maneras, inventando lecciones de piano que nunca tomó, viajes, firmando pagarés a sus espaldas y olvidando que las deudas, casi de cualquier tipo, tarde o temprano se pagan.

Para hacerlo creíble y digno de enfrentar el tiempo, Flaubert preparó con exquisito cuidado cada movimiento de la pareja. Los trasladó a Yonville-l'Abbaye y construyó la figura de Homais. Críticos de pocas luces se han atrevido a afirmar que metió a su libro algo de psicologismo, término detestable que es mejor olvidar. Aceptemos en su lugar el profundo análisis psicológico concebido paso a paso en cada uno de sus personajes; aunque algunos, como los dos amantes, Léon y Rodolphe, sean arquetipos del don Juan a quienes no les desagrada tener



Louis Jourdan y Jennifer Jones en un fotograma de la película *Madame Bovary* de Vincente Minnelli, 1949

amoríos con una mujer bonita, casada y soñadora sin instintos maternales que frenen sus efusiones románticas.

Emma es el caso clásico del “quiero y no puedo” tan abundante entre la clase media pretenciosa. En Yonville conoce a Rodolphe Boulanger durante una fiesta hilarante de premios agrícolas. Allí comienzan unas cabalgatas que terminan en amasiato, mientras Charles, con su ingenuidad amorosa, empieza a ser un tanto ridículo al no imponer obstáculos a su mujer, los que quizá la hubieran salvado del desastre. Cuando se trata de huir juntos, el galán en turno duda por momentos y acaba convencido de que lo mejor será una carta para finalizar tales relaciones. El desengaño deja a Emma entre la vida y la muerte, puesto que “la psique puede causar efectos desastrosos sobre el cuerpo”. El marido la cuida devotamente y, por consejo de Homais, otra vez comete el error de invitarla a la ópera en Rouen con el propósito de animarla. En tanto se desarrolla una función de *Lucia di Lamermoor* y, mientras las notas de Gaetano Donizetti aburren a los dos, se presenta en su palco Léon, antiguo admirador de Emma, que propone salir a conversar. Como no vieron completa la función, Charles sugiere que su mujer se quede un día más para terminar de “disfrutarla”. Y ahí empieza la segunda deslealtad llevada en diversos sentidos por el mal de *aburrimiento*, el propio mal que Flaubert sufrió y convirtió en obra de arte. Entonces llevó a sus cavilaciones la escena inmortalizada saliendo de la catedral, en coche sin rum-

bo fijo y sin mayores insinuaciones dejándole lo ocurrido a la mente de los lectores.

Cuando ella dilapida su pequeña herencia en devaneos, compras inútiles y regalos a sus queridos, el prestamista compromete los pagarés firmados y las consecuencias cayeron sobre la familia. Nadie ayudó a Emma ni siquiera dándole alientos y, desesperada, tomó su resolución fatal.

Es aquí donde Flaubert consiguió un libro notable basándose en la realidad —no obstante que no podemos inscribirlo en la corriente realista debido a otras características—, porque *Madame Bovary* no solamente era Flaubert sino de alguna manera somos todos nosotros. Logró que la palabra “bovarismo” pasara al diccionario como “quijotismo” o “cantinflismo”. Y es precisamente algo admirable que personajes de una manera u otra “malvados” o, mejor dicho, nada simpáticos, hubieran conformado una novela de semejante envergadura con su carga antiburguesa y antirromántica. Henry James afirmó que Flaubert había puesto punto final a la novela romántica: realizó un *tour de force* al retratar una personalidad femenina. “Es cierto que en días de verano trabajaba en la arboleda donde escenificó las citas entre Emma y Rodolphe; que la cigarrera, el sello con la inscripción *Amor nel cory* y otras reliquias conmemoran actualmente su propio romance con Louise Colet; que Louise bien pudo haber sugerido algunos aspectos de Emma, y que el marido y los amantes de Emma pudieron haber reflejado ciertos aspectos de Gustave. Pero la primera condición del libro fue suprimir su propia personalidad”.⁹ Oponiéndose a las tendencias de su época, Flaubert prefería escribir con la cabeza en lugar del corazón. Al salir, los primeros críticos la calificaron de “extraña por carecer de espíritu compasivo, ser poco generosa y no exaltar el amor”. Decían que en cambio exaltaba el adulterio y hasta intentaron un proceso con cargos contra la decencia, lo que favoreció la novela. Le sirvió de publicidad y aumentó su público. Negocio redondo para Michel Lévy, editor del libro.

Hacia 1854, Flaubert rompió las ligas que lo ataban a su antigua musa. Ambos habían llegado a la laxitud sentimental, aunque un año antes le había servido de correo con Victor Hugo, que con *Los miserables* recibió una montaña colosal de 350 mil francos, exiliado en Jersey por la policía imperial de Napoleón III. Para agradecerse, el gran autor le mandó una fotografía. Mientras esto pasaba, Gustave suprimía pasajes de sus textos y seguía escribiéndole a Colet, un refugio para anotar sus pensamientos y dejarlos en otras manos como la parte autobiográfica de lo que escribía y donde se mostraba sin fajas ni apreturas ni pretensiones estéticas. Fueron,

⁹ Harry Levin traducido por José Rodríguez Feo para un número de 1952 de *Orígenes. Revista de arte y cultura*, La Habana, Cuba.

entre todas, más de quinientas páginas recogidas por la edición de La Pléiade. Después las cartas cesaron y Gustave escribió: la musa *c'est fini*. Para entonces se había enganchado en otra relación con una actriz de veintiséis años, Béatrice Person.

Théophile Gautier publicó extractos de *La tentación de san Antonio*. El éxito de *Madame Bovary* le trajo a Flaubert nuevas amistades: Charles Baudelaire, Ernst Renan, Sainte-Beuve, los Goncourt, que siempre le fueron fieles. Nueva e inesperada galería. Sin embargo, Flaubert intentaba controlar su vanidad. Francia, país de lectores, entró en una especie de discusión sobre la novela y sus ideas que, compartiendo la opinión de James, habían puesto punto final a la narrativa romántica. Flaubert defendió su libro. Se mantenía tras un vidrio sin involucrarse con sus criaturas ni emitir juicios morales. Recurso literario que retomaron William Faulkner y Juan Rulfo, por ejemplo.

El triunfo obtenido lo llevó a *Salambó*, que inspiró una ópera y cuadros expuestos en museos, evocó el proyecto de viajar a Túnez para empaparse del paisaje donde habían ocurrido los acontecimientos, el auge y ruina de la antigua Cartago. *Salambó* se basó en una especie de alucinación hipnótica que hacía surgir imágenes violentas y coloridas. Ernest Ferdeau, novelista y arqueólogo, fue su asesor durante la redacción de este nuevo proyecto. Otras relaciones lo distrajeron con Jeanne de Tour, actriz y *demi mondaine*, una de las “entretenidas” más solicitadas de París, y con la cantante Suzanne Largier; sin embargo, es preciso recalcar que Flaubert había tenido una relación apasionada, duradera y ardiente con Juliet Herbert, institutriz de su sobrina.

Rehusó la adaptación que le propusieron de su *Madame* para teatro con un ofrecimiento de 30 mil francos, diciendo que era pobre pero honesto. (Nunca imaginó que pasado el tiempo se harían adaptaciones millonarias para el cine de Claude Chabrol y otras de televisión). Era pobre pero no lo suficiente para emprender su último viaje, que hubo de compartir otra vez con Du Camp. Finalmente, *Salambó* es una novela muy difícil, con excelentes pasajes llenos de movimiento y a la que cuesta hincarle el diente en su totalidad.

Tres cuentos fue su última obra acabada, ya que *Bouvard y Pécuchet* quedó inconclusa. Pero estas historias no pertenecerían al género novelístico y quizá tampoco al cuentístico. De los tres, sin duda “Un alma simple” (traducida otras veces como “Un corazón sencillo”) es sin duda la mejor. Logra condensar una vida en unas cuantas páginas; “La leyenda de San Julián el hospitalario” —sobre un personaje que, dedicado a la cetrería, mató por accidente a sus padres, huyó de su palacio y se volvió “santo” cuidando leprosos— tiene el chiste de plasmar un mundo medieval “rococó”, y *Herodías*, sobre la famosa danza de Salomé y el martirio de San



Jennifer Jones como Madame Bovary

Juan Bautista, deja mucho que desear en su estructura: un planteamiento demasiado largo y un final decididamente apresurado. Nadie diría algo así sobre su estilo, que toca las cumbres de lo inalcanzable, ni de la erudición demostrada en todas las menciones, salvo el paisaje que ocurre a las orillas del Mar Muerto, el lugar más bajo de la tierra cercano a Jericó, la ciudad más antigua que aún existe; pero resulta imposible imaginar un castillo en un sitio tan feo con sus aguas densas por sales que no aceptan ni siquiera la presencia de buzos y donde se cuenta estaban Sodoma y Gomorra tragadas por las aguas. Imposible comprobarlo porque la densidad del líquido impide zambullirse. El cielo permanentemente gris convida al espanto y a lo mejor fue por ello que Flaubert escogió este escenario para plasmar un crimen nefando. *Tres cuentos* se publicó por primera vez en 1877, cuando Flaubert se sentía desplazado y fuera de lugar. Se había disuelto el imperio y proclamado la Tercera República, y se lamentaba todavía la derrota francesa frente a Prusia (1870). Los prusianos habían ocupado Croisset y tomaron sus muebles y papeles familiares. Y Francia quedó en muchas partes hecha un campo en ruinas. La sobrina de Flaubert, a los dieciocho años, había llegado a la época del romance y un tanto bovarísticamente se enamoró de su profesor de dibujo, que le daba lecciones llevado por el prestigio de su tío, quien recibió la Legión de Honor por influencias de su amiga la princesa Mathilde, cuyo lujoso y amplio salón

frecuentaba y allí desplegaba su coquetería y obtenía sus conquistas amorosas. Durante los conflictos agudos, Caroline estuvo cuatro meses en Inglaterra bajo el cuidado de la familia de Juliet Herbert.

El 6 de abril de 1872 murió la madre de Gustave, luego de una larga agonía. Sus familiares pensaban que duraría para siempre y no aceptaban la pérdida. A sus conocidos, Flaubert les escribió: “estoy quebrado”. La palabra resultaba exacta puesto que él y su madre formaban una especie de pareja inseparable, y al morir “su pobre vieja” moría una parte de sí mismo. Para ayudar a su sobrina, Flaubert vendió la mayoría de sus pertenencias y redujo sus gastos. Aparte, fracasaron otros textos suyos: *El candidato* y *El sexo débil*, cosa que debió entristecerlo. Y luego ese terrible mal que padecemos, la reducción de nuestro círculo amistoso. Los amigos empezaron a desaparecer: Jules de Goncourt en el último estado de la sífilis murió en brazos de su hermano, a los cuarenta años de edad. Tras estas terribles catástrofes Gustave no supo o no pudo hacer sino lo mismo que hizo siempre. Escribir. Publicó narraciones, esos intentos “cuentísticos” que no tienen unidad temática y no alcanza uno a entender su publicación compartida salvo por el tamaño.

Si bien es cierto que Flaubert ayudó a instaurar la novela moderna, también lo es que estaba lejos de acer-

carse al cuento moderno con todas sus exigentes características. Por eso con razón se consideraba ante todo novelista, aunque las dos narraciones que aparecen en *Tres cuentos* podrían coincidir en segundo término en el binomio religión-violencia, leyenda-realidad. Académicos serios han estudiado el asunto desde distintas ópticas, incluso hay quienes sin mayores consideraciones las califican como productos de un artista agotado. Opinión del que se salvaría sin duda el primer relato con su conmovedora protagonista, Félicité, la sirvienta de Madame Bovary, donde Flaubert escuchó el consejo de George Sand, por quien tenía fascinación y con quien sentía una afinidad que era mutua, sobre la escritura de páginas más emotivas y menos deprimentes para los lectores. El mismo Gustave lo reconoció contestándole: “creo que el trasfondo humano de esta pequeña historia le resultará a usted más agradable”. Cabe notar la ausencia casi absoluta de metáforas. Este relato presenta un vocabulario sencillo. Frases cortas y directas y el resultado es conmovedor. Lo importante también radica en advertir que Flaubert era uno de esos artistas que no pueden vivir sin proyectos imponiéndose retos, sin importarle que a la salida de *La tentación de san Antonio* las primeras reseñas la declararan epileptoide, evocando el antiguo mal y desconociendo su originalidad y sus dotes excepcionales al perseguir la casi imposible tarea de establecer un diálogo con una obra plástica.

En 1878 murieron dos amigas importantes, Louise Colet y George Sand, y él comenzó a sentirse fatigado; sin embargo, emprendió la redacción del décimo capítulo de *Bouvard y Pécuchet*, el mejor libro sobre la tontería existente en lengua moderna. Vivía Flaubert casi al límite de la pobreza, pero Taine, la princesa Mathilde y Juliette Adam consiguieron que el ministro Jules Ferry le asignara una pensión de tres mil francos (unos nueve mil euros actuales) a partir de julio de 1879, como asistente de la Biblioteca Mazarine. Flaubert aceptó pensando devolverlos cuando recibiera dinero con las nuevas ediciones de *Salambó* y *La educación sentimental*, que se empeñaba en corregir; pero ya estaba muy cansado, sus habituales lo instaban a parar pero su obra lo obsedía. Tenía varios proyectos en la cabeza, estuvo algunos días en París —¿buscando descanso para continuar, para consultar algún dato?—, hasta que bruscamente el 8 de mayo perdió el conocimiento dentro del baño. A su pedido llegó un doctor de Rouen, una hora después de que había muerto. Fue enterrado en el monumento familiar junto con sus padres y su hermana Caroline.

En 1890 se levantó en Rouen un monumento a la gloria de Gustave, su ciudadano más ilustre. El consiguiente homenaje reunió a Guy de Maupassant, Émile Zola y Edmond de Goncourt, este último a nombre de los demás lo calificó de padre de una generación y maestro del rigor estético. **U**

